

Los renglones torcidos de Dios *Torcuato Luca de Tena*



Torcuato Luca de Tena



Los renglones torcidos de Dios

Prólogo de Juan Antonio Vallejo-Nágera

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el
previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

© Torcuato Luca de Tena, 1979
© Herederos de Torcuato Luca de Tena, 2009
© Editorial Planeta, S. A., 2009
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: septiembre de 2009

Depósito Legal: M. 28.614-2009

ISBN 978-84-08-08836-3

Composición: Foinsa-Edifilm, S. L.

Impresión y encuadernación: Rotapapel, S. L.

UN HOMBRE Y UNA MUJER

El automóvil perdió velocidad.

—Creo que es aquí —dijo el hombre.

Movió el volante hasta salirse del asfalto. Detuvo el coche en una explanada de hierba; descendió y caminó unos metros hasta el borde del altozano. La mujer le siguió.

—Mira —dijo él, señalando la lejanía.

Desde aquella altura, la meseta castellana se extendía hasta el arco del horizonte tersa como un mar. Tan sólo por levante el terreno se ondulaba diseñando el perfil de unas lomas azules y pálidas como una lejanía de Velázquez. Unos chopos, agrupados en hilera, cruzaban la inmensidad; y no era difícil adivinar que alimentaban sus raíces en la humedad de un regato, cuya oculta presencia denunciaban. El campo estaba verde, pues aún no había comenzado el trigo a amarillear ni la cebada. Centrada en el paisaje había una sola construcción humana, grande como un convento o como un seminario.

—Allí es —dijo el hombre.

La tapia que rodeaba por todas partes el edificio estaba muy apartada de la fábrica central, con lo que se presumía que la propiedad debía de ser vastísima. El cielo estaba diáfano, y las pocas nubes que por allí bogaban se habían concentrado todas en la puerta del ocaso.

—¿Qué hora es?

—Nos sobra tiempo.

—Estás muy callada.

—No me faltan razones.

Subieron al coche y lo dejaron deslizar, sin prisa, por la suave pendiente.

Las tapias vistas de cerca eran altísimas. No menos de cuatro metros. Algún día estuvieron encaladas. Hoy la lechada, más cerca del color de la tierra circundante que de su primitiva albura, caía desprendida como la piel de un hombre desollado. Llegaron a la verja. Candados no faltaban. Ni cerrojos. Pero timbre o campana no había.

Bajaron ambos del coche a la última luz del día, y observaron entre los barrotes. Plantado en el largo camino que iba hasta el edificio, un individuo, de muy mala catadura, los observaba.

—¡Eh, buen hombre, acérquese! —gritó él, haciendo altavoz con las manos.

Lejos de atenderle, el individuo se volvió de espaldas y comenzó a caminar parsimoniosamente hacia el edificio.

—¿No me oye? ¡Acérquese! ¡Necesitamos entrar!

—Sí, te oye, sí —comentó la mujer—. A medida que más gritas, más rápido se aleja. ¡Qué extraño es todo esto! ¿Qué hacemos ahora?

—¡No estés nerviosa!

—¿En mi caso... no lo estarías tú?

—Calla. Creo que viene alguien.

La penumbra era cada vez más intensa.

—¿Qué desean? —preguntó un individuo con bata blanca, desde lejos.

El hombre agitó un papel, y respondió a voces.

—¡Es de la Diputación Provincial!

El recién llegado no se dio prisa en acercarse. Al llegar, posó los ojos en el escrito y en seguida sobre la mujer con insolente curiosidad.

—Pasen —dijo. Y entreabrió la puerta—. ¡Llegan ustedes con mucho retraso!

—¿No podemos entrar con el automóvil?

—A estas horas, ya no.

—Es que... llevamos algún equipaje.

—Yo los ayudaré.

Abrieron el portamaletas y sacaron los bultos.

El camino era largo y la oscuridad se espesaba por momentos. La mujer amagó un grito al divisar una sombra humana cerca de ella, que surgió inesperadamente tras un boj. El de la bata blanca gritó:

—¡«Tarugo»! ¡Vete para dentro! ¿Crees que no te he visto? Oyéronse unos pasos precipitados.

—No se preocupen —comentó el guía—. Es un pobre idiota inofensivo.

La fachada del edificio y la gran puerta de entrada se conservaban como hace ocho siglos, cuando aquello era cartuja. Cruzaron el umbral; de aquí a un vestíbulo y más tarde a un claustro soberbio, de puro estilo románico. «1213», rezaba una inscripción grabada en piedra. Y debajo, en latín, un elogio a los fundadores. Los demás rótulos eran modernos. Uno decía «Gerencia», otro «Asistencia social». Cruzaron bajo un arco, sin puerta, en el que estaba escrito: «Admisiones.» Todo lo que había más allá de este hueco era de construcción reciente, convencional y de mal gusto.

Anduvieron varias veintenas de pasos. Todo era grande —inútilmente grande— en aquel edificio.

—Siéntense aquí, y esperen.

Le vieron abrir una puertecilla (de dimensiones normales esta vez) y tras ella, un despacho moderno y bien iluminado. Al cerrarse la hoja, la penumbra volvió a cernirse sobre la galería. El hombre apoyó una mano firme y cálida sobre la de ella. El dorso de la de la mujer estaba húmedo y frío.

—Todo saldrá bien. ¡Gracias por tu coraje, Alice Gould!
¡Ánimo y suerte!

Fueron las últimas palabras que ella le oyó en vida.

El doctor don Teodoro Ruipérez hojeó los papeles que el enfermero acababa de depositar sobre su mesa. Todo estaba en regla: la solicitud de ingreso, firmada por el marido como pariente más próximo; el informe médico aconsejando el internamiento y el oficio de la Diputación concediendo la plaza. El médico leyó a trozos el formulario oficial: *Nombre de la enferma*: Alice Gould. *Nombre del pariente más próximo*: Heliodoro Almenara. *Parentesco*: Marido. *Último domicilio*: Madrid. *¿Ha estado reclusa anteriormente?*: No. *Diagnóstico provisional*: Paranoia. *Firma del colegiado*: Dr. E. Donadío. El reconocimiento de firma del delegado provincial de Medicina era ilegible.

Además de estos papeles había una carta particular del doctor Donadío al director don Samuel Alvar. Como éste disfrutaba de sus vacaciones, Ruipérez se consideró autorizado a abrirla.

Es condición muy acusada en esta enferma —se decía en la carta— tener respuesta para todo, aunque ello suponga mentir (para lo que tiene una rara habilidad), y aunque sus embustes contradigan otros que dijo antes. Caso de ser cogida en flagrante contradicción, no se amilana por ello, y no tarda en encontrar una explicación de por qué se vio forzada a mentir antes, mientras que ahora es cuando dice la verdad. Y todo ello con tal coherencia y congruencia que le es fácil confundir a gentes poco sagaces e incluso a psiquiatras inexpertos. A esta habilidad suya contribuyen por igual sus ideas delirantes (que, en muchos casos, la impiden saber que miente) y su poderosa inteligencia.

Guardó el doctor Ruipérez los papeles, con intención de leer en otro momento con mayor cuidado el historial clínico, y pulsó el timbre. Observó con curiosidad y atención a la recién llegada. Aparentaba tener poco más de cuarenta años y era muy bella. Tenía más aspecto de una dama sajona o americana del Norte que el común en una española: la piel muy blanca, ligeramente pecosa, labios atractivos, nariz aristocrática, pelo rubio ceniza, tal vez teñido, tal vez natural (que de esto el doctor Ruipérez no entendía mucho), y manos finas, de largos dedos, muy bien cuidados. Vestía un traje claro de color crema, como correspondía a la estación (muy próxima ya al verano), y enganchado al borde del escote un broche de oro y esmalte, que representaba una flor. «Demasiado bien vestida para este centro —pensó Ruipérez—. ¿Dónde cree que viene? ¿Al casino?»

—Pase por favor, señora, y siéntese.

Ella, todavía junto al quicio de la puerta, pareció dudar. Dio unos pasos muy lentos, y sentose casi al borde de la silla, erguido el busto, las rodillas muy juntas y las manos desmayadas sobre el regazo. Pensó el médico que iba a notar en su rostro alguna señal de angustia o ansiedad. No fue así. Al volverse, sus ojos, grandes y claros —de un azul casi translúcido—, parecían indiferentes, altivos y distantes.

A Ruipérez le inquietaban los primeros encuentros con los enfermos. El momento más delicado, antes del duro trance del encierro, era el de recibirlos, sosegar sus temores, demostrarles amistad y protección. Mas he aquí que esta señora —tan distinta en su porte y en su atuendo a los habituales pacientes— no parecía demandar amparo, sino exigir pleitesías. No obstante, era una paciente como todas, una enferma más. Su mente estaba tocada de un mal cruel y las más de las veces incurable.

Fue ella quien se adelantó a preguntar, con voz tenue:

—¿Es usted don Samuel Alvar?

—No, señora. Soy su ayudante. El director está ausente.

Ella se inclinó hacia él. En el bolsillo de su bata blanca estaba bordado su nombre con hilo azul. «Doctor Teodoro Ruipérez.»

El médico hizo una pausa, tosió, tragó saliva.

—Dígame, señora: ¿sabe usted qué casa es ésta?

—Sí, señor. Un manicomio —respondió ella dulcemente.

—Ya no los llamamos así —corrigió el doctor con más aplomo—, sino sanatorio psiquiátrico. *Sa-na-to-rio* —insistió, separando las sílabas—. Es decir, un lugar para *sanar*. ¿Puedo hacerle unas preguntas, señora?

—Para eso está usted ahí, doctor.

—¿Querrá usted responderme a ellas?

—Para eso estoy aquí.

El doctor trazó, como al desgaire, unas palabras en un bloque: «aplomo», «seguridad en sí misma», «un dejo de insolencia...». Intentó conturbarla.

—No ha contestado directamente a mi pregunta. ¿Qué es lo que le pregunté?

—Que si querré responder a su interrogatorio. Y mi respuesta es afirmativa. Soy muy dócil, doctor. Haré siempre lo que se me ordene y no daré a nadie quebraderos de cabeza.

—Es un magnífico propósito —dijo sonriendo el médico—. Su nombre de soltera es...

—Alice Gould, como el de una famosa historiadora americana, pero es pura coincidencia. Ni siquiera somos parientes.

—¿Nació usted?

—Plymouth (Inglaterra), pero he vivido siempre en España y soy española de nacionalidad. Mi padre era ingeniero y trabajaba al servicio de una compañía inglesa, en las Minas de Río Tinto, que, en aquel tiempo, eran de ca-

pital británico. Aquí se independizó, prosperó y se quedó para siempre. Y aquí murió.

—Hábleme de él.

—Poseía un gran talento. Era un hombre excepcional.

—¿Se llevaban ustedes bien?

—Nos queríamos y nos apreciábamos.

—¿Qué diferencia ve usted entre esos dos sentimientos?

—El primero indica amor. El segundo, estimación intelectual: es decir, admiración y orgullo recíprocos.

—¿Su padre la admiraba a usted?

—Ya he respondido a esa pregunta.

—¿Se sentía orgulloso de usted?

—No me gusta ser reiterativa.

—Hábleme de su madre.

—Sé muy poco de ella, salvo que era bellísima. Murió siendo yo muy niña. Se llamaba Alice Worcester.

—¿Tiene usted parientes por su rama materna?

—No.

—¿En qué año murió su padre?

—Hace dieciséis. Al siguiente de mi matrimonio.

—¿Tenía su padre algún pariente próximo?

—Un hermano menor que él, Harold, que reside en California. Sólo se volvieron a ver de adultos una vez, por azar, y se emborracharon juntos. En Navidad se escribían christmas. Y yo, aunque no le conozco personalmente, muerto mi padre, mantengo la tradición.

—¿Qué tradición?

—La de felicitarle por Navidad.

—Dígame, señora. ¿Cuántos hijos tiene usted?

—No tengo hijos.

—Hábleme de su marido. ¿Es el suyo un matrimonio feliz?

—Mi marido y yo estamos muy compenetrados. Compartimos sin un mal gesto, desde hace dieciséis años, el tedio que nos producimos.

—¿Su nombre es...?

—Alice Gould: ya se lo dije.

—Me refiero al de su esposo.

—Almenara. Heliodoro Almenara.

—¿Qué estudios tiene?

—Él dice que estudió unos años de Derecho. No lo creo. Es profundamente ignorante.

—¿A qué se dedica?

—A perder mi dinero en el póquer y a jugar al golf.

—Y usted, señora, ¿qué estudios tiene?

—Soy licenciada en Ciencias Químicas.

—¿Se dedica usted a la investigación?

—Usted lo ha dicho, doctor. Pero no a la investigación científica, sino a otra muy distinta: soy detective diplomado.

—¡Ah! —exclamó con simulada sorpresa el médico—. ¡Qué profesión más fascinante!

Pero lo que verdaderamente pensaba es que no había tardado mucho la señora de Almenara en declarar uno de sus delirios: *creerse lo que no era*. Pretendió ahondar algo en este tema.

—Realmente fascinante... —insistió el doctor.

—En efecto: lo es —confirmó Alice Gould con energía y complacencia.

—Dígame algo de su profesión.

—¡Ah, doctor! Su pregunta es tan amplia como si yo le pidiera que me hablara usted de la medicina...

—Relátame alguna experiencia suya en el campo de la investigación privada. Seguramente serán muchas y del máximo interés.

—Cierto, doctor. Son muchas e interesantísimas. Pero todas están incursas en el secreto profesional.

El doctor se reclinó hacia atrás en su sillón, y colocó sus manos debajo de la nuca; postura que, al entender de Alice, era más propia de un balneario para tostarse al sol que

del lugar en que se hallaban. Así, a primera vista, no le pareció un hombre de peso. Más que un científico le juzgó un chisgarabís. Sus calcetines verdes se le antojaron horrendos.

—Tengo verdadera curiosidad —dijo el médico mirando al techo— de saber cómo se decidió a profesionalizarse en un campo tan poco usual en las mujeres.

—Muy sencillo, doctor. Yo soy muy británica. No tengo hijos. Odio el ocio. En Londres, las damas sin ocupación se dedican a escribir cartas a los periódicos acerca de las ceremonias mortuorias de los malayos o a recolectar fondos para dar escuelas a los niños patagones. Yo necesitaba ocuparme en algo más directo e inmediato; en algo que fuera útil a la sociedad que me rodeaba, y me dediqué a combatir una lacra: la delincuencia; del mismo modo que usted combate otra lacra: la enfermedad.

—Dígame, señora de Almenara, ¿trabaja usted en su casa o tiene un despacho propio en otro lugar?

—Tengo oficina propia y estoy asociada con otros detectives diplomados que trabajan a mis órdenes.

—¿Dónde está situada exactamente su oficina?

—Calle Caldanera, 8, duplicado; escalera B, piso sexto, apartamento 18, Madrid.

—¿Conoce su marido el despacho donde usted trabaja?

—No.

—¡Es asombroso!

Alice Gould le miró dulcemente a los ojos.

—¿Puedo hacerle una pregunta, doctor?

—¡Hágala!

—¿Conoce su señora este despacho?

El médico se esforzó en no perder su compostura.

—Ciertamente, no.

—¡Es asombroso! —concluyó Alice Gould, sin extremar demasiado su acento triunfal.

—Este lugar —comentó el doctor Ruipérez— ha de estar obligatoriamente rodeado de discreción. El respeto que debemos a los pacientes...

La detective no le dejó concluir:

—No se esfuerce, doctor. También yo he de estar rodeada de discreción por el respeto que debo a mis clientes. Nuestras actividades se parecen en esto y en estar amparadas las dos por el secreto profesional.

—Bien, señora. Quedamos en que su marido no conoce su despacho. Pero ¿sabe, al menos, a qué se dedica usted?

—No. No lo sabe.

—¿Usted se lo ha ocultado?

—De ningún modo. Él no lo sabe porque se empeña en no saberlo. Por esta y otras razones, creo sinceramente que es un débil mental.

—Muy interesante, muy interesante...

Guardó silencio el médico el tiempo de encender un cigarrillo y anotar en su cuaderno:

«Considera a sus progenitores seres excepcionales de los que ha heredado su talento. Ella misma es admirada por un ser superior, como su padre. Todo lo demás es inferior.»

Posó sus ojos en ella.

—¿Conoce usted, señora, *con exactitud* las razones por las que se encuentra aquí?

—Sí, doctor. Estoy legalmente secuestrada.

—¿Por quién?

—Por mi marido.

—¿Es cierto que intentó usted por tres veces envenenar a su esposo?

—Es falso.

—¿No reconoció usted ante el juez haberlo intentado?

—Le informaron a usted muy mal, doctor. No estoy

aquí por sentencia judicial. Fui acusada de esa necedad no ante un tribunal sino ante un médico incompetente. Jamás acepté ante el doctor Donadío haber hecho lo que no hice. Del mismo modo que nunca confesaré estar enferma, sino «legalmente secuestrada».

—¿Fue usted misma quien preparó los venenos?

—Es usted tenaz, doctor. De haberlo querido hacer, tampoco hubiera podido. Pues lo ignoro todo acerca de los venenos.

—¡Realmente extraño en una licenciada en Químicas!

—Doctor. No sería imposible que durante mi estancia aquí tuvieran que operarme de los ovarios. ¿Sería usted mismo quien me interviniese?

—Imposible, señora. Yo no entiendo de eso.

—¿No entiende usted? ¡Realmente extraño en un doctor en Medicina!

—Mi especialización médica es otra, señora mía.

—Señor mío: mi especialización química es otra también.

Rió la nueva reclusa sin extremarse y el doctor se vio forzado a imitarla, pues lo cierto es que le había dejado sin habla. De tonta no tenía nada. Podría ser loca; pero estúpida, no.

—En el informe que he leído acerca de su personalidad —comentó Teodoro Ruipérez— se dice que es usted muy inteligente.

Alice sonrió con sarcasmo, no exento de vanidad.

—Le aseguro, doctor, que es un defecto involuntario.

—La palabra exacta del informe es que posee una *poderosa inteligencia* —insistió halagador.

—El doctor Donadío exagera. Le merecí ese juicio cuando le demostré que nunca pude envenenar a mi esposo por carecer de ocasiones y de motivos. Y como le convencí de que carecía de motivos, pero no de posibilidades,

la conclusión que sacó es que yo estaba loca, porque es propio de locos carecer de motivaciones para sus actos. ¿Usted conoce al doctor Donadío?

—No tengo ese honor.

—¡Lástima!

—¿Por qué?

—Porque si le conociera comprendería al instante... que es muy poco inteligente el pobre.

El doctor Ruipérez no pudo menos de sonreír. Aquella mujer de aspecto intelectual y superior manejaba con singular acierto el arte de la simulación, pero ello no era óbice para que fuera declarando frase a frase el terrible mal que la aquejaba. Cada palabra suya era una confirmación de los síndromes paranoicos diagnosticados por el doctor Donadío. Cuando, en otras psicopatías, el delirio del enfermo se manifiesta durante una crisis aguda, no hay nada tan fácil para un especialista como detectarlo. Se le descubre con la facilidad con que se distingue a un hombre vestido de rojo caminando por la nieve; por el contrario, cuando el delirio es crónico, hay que andarse con pies de plomo antes de declarar o rechazar la sanidad de un enfermo. Las esquizofrenias tienen de común con las paranoias la existencia de estos delirios de interpretación: la deformación de la realidad exterior por una tendencia invencible, y por supuesto morbosa, a ver las cosas como no son. Pero así como en las esquizofrenias tales transformaciones de la verdad son con frecuencia disparatadas, incomprensibles y radicalmente absurdas, en las paranoias, por el contrario, suelen estar tan teñidas de lógica que forman un conjunto armónico, perfectamente sistematizado, y tanto mejor defendido con razones, cuanto mayor es la inteligencia natural del enfermo. Esta nueva reclusa no sólo era extraordinariamente lúcida sino que estaba persuadida de que su agudeza era muy superior a la media mental de cuantos la

rodeaban. Era importante reconstruir cuál era la «fábula delirante» de Alice Gould, cuál la «historia» que su deformación paranoica había forjado en su mente enferma para creerse «legalmente secuestrada». El doctor Ruipérez prefería averiguar esto por sí mismo, y más tarde contrastar sus juicios con el diagnóstico del doctor Donadío por medio de un exhaustivo y detenido estudio de su informe.

—Afirma usted, señora, carecer de motivos para haber intentado envenenar a su marido.

—En efecto. Nadie tiene motivos para destruir un espléndido objeto ornamental. Mi decepción, respecto a la vacuidad de su carácter, no puede obcecarme hasta el punto de negar que su exterior es asombrosamente perfecto. Créame que me siento orgullosa cuando leo en los ojos de otras mujeres un punto de admiración hacia su espléndida belleza. ¡Cierto que experimento la misma vanidad cuando alguien en el hipódromo elogia la armonía de líneas del caballo preferido de mis cuadras! ¡Y no se me ocurre por ello matar a mi caballo!

Alice Gould se interrumpió. Una sombra pasó por sus ojos.

—Una mañana ese caballo me coceó. Si sus cascos no hubiesen tropezado en una de las barras transversales de la caballeriza me hubiera matado, sin lugar a dudas. Aquello me afectó mucho. No podía entender cómo un animal al que yo había criado y al que consideraba tan noble, y al que admiraba tanto, sintiese aquella inquina hacia mí. Es la misma sensación de estupor y de dolor que experimento ahora al comprobar la perversidad de mi marido al pretender envenenarme primero y conseguir secuestrarme después.

—¿Su esposo pretendió envenenarla?

—Sí, doctor. Fue a raíz de la reducción que impuse a sus gastos. No me importaba facilitarle dinero para que lo

invirtiese en valores productivos o montase un negocio, pero llegó un momento en que no toleré más sus pérdidas de póquer. Estaba enviciado en el juego, y ya le he dicho que es muy poco inteligente: dos combinaciones altamente positivas para arruinarse y arruinarme.

—Dígame: ¿cómo fue ese intento de envenenarla?

—Hacía grandes elogios del plato que estábamos comiendo. Él insistía, mirándome muy fijamente, que comiera más y que no me preocupase tanto por conservar la línea. Yo, súbitamente, me acordé de la ingratitud de mi caballo y lo comprendí todo; con un pretexto me ausenté del comedor, bebí un vaso de agua caliente que me sirvió de vomitivo y devolví la carne envenenada. Él nunca supo que tomé esa precaución; no hizo más que preguntarme durante la sobremesa si me encontraba bien (leyendo yo en sus ojos que lo que deseaba era que me encontrase mal), con lo que confirmé que había intentado envenenarme.

—Afortunadamente no lo consiguió —murmuró el doctor.

—Al no conseguirlo —continuó Alice Gould— varió de táctica. Introdujo veneno entre sus medicinas y, con el mayor secreto, las hizo analizar a un médico amigo suyo. Éste, de buena fe, llegó a la conclusión de que era yo quien pretendía eliminar a Heliodoro, y aconsejó a mi marido que me sometiese a la observación de un psiquiatra, que es exactamente la respuesta que Heliodoro quería escuchar. Entre esto, la ignorancia del doctor Donadío y una muy defectuosa legislación respecto a la reclusión de enfermos en los sanatorios psiquiátricos, mi secuestro legal pudo ser consumado.

—Y dígame, señora de Almenara, ¿qué motivos tendría su marido para hacer esto?

—Está muy claro, doctor: al eliminarme se convierte en

el administrador legal de mi fortuna y da un paso muy importante para declararme pródiga e impedir que pueda disponer libremente de mis bienes: ¡sus deudas de póquer ya están aseguradas!

(Ruipérez anotó en un papel: «fábula delirante perfectamente urdida y razonada». Conclusión provisional: «paranoica pura».)

—Antes de concluir, señora de Almenara, ya que la están esperando para realizar algunos trámites previos a su ingreso, quisiera expresarle una perplejidad. Es evidente que está usted dotada de una clara inteligencia y que posee además una especialización profesional que la habilita para descubrir las argucias, las trampas, los engaños con que se enmascaran los delincuentes. De otra parte tenemos un delincuente, su marido, de mediocre inteligencia y de espíritu poco cultivado. ¿Cómo es posible que en esta lucha entablada entre ambos el inferior haya logrado imponerse al superior?

Alice Gould se sonrojó visiblemente. Con todo, su contestación fue fulminante:

—Le responderé con otra pregunta, doctor: ¿eran Anás y Caifás superiores a Cristo?

El médico no supo qué decir. La réplica de la mujer le cogió por sorpresa.

—¡Y no obstante le crucificaron! —concluyó Alice Gould.

El doctor Ruipérez miró el reloj y se puso en pie. Ella permaneció sentada.

Sus ideas delirantes —pensó el doctor— se afianzaban en la idea de superioridad sobre cuantos la rodeaban, sin excluir a su propio médico particular, el doctor Donadío, cuyo diagnóstico, según lo iba viendo y oyendo, resultaba acertadísimo. Desde ahora se atrevería a apostar cuál sería la conducta futura de su nueva paciente: dar tal sensación

de normalidad en sus dichos y en su comportamiento que se la creyese sana. Y si se la pusiese en libertad, su primera acción sería ser fiel a su idea obsesiva: atentar contra la vida de su esposo. No sería improbable que para llamar la atención acerca de su buena conducta cometiese algún acto heroico, como arriesgar su vida en un incendio para salvar a un paciente (aunque el fuego lo hubiese provocado ella) o sacar de la piscina a alguno medio ahogado (aunque fuese ella misma quien le empujara para que cayese al agua). Lo difícil, en los enfermos de la modalidad paranoide, era interpretar sin error cuándo actuaban espontáneamente, de acuerdo con su normalidad (porque eran normales en todo lo que no concerniera a su obsesión), y cuándo premeditadamente, para convencer a los demás que ellos no pertenecían, como los otros, al género de los enfermos mentales. La consideró doblemente peligrosa —por su enfermedad y por su inteligencia— y se dispuso a tomar medidas muy severas para evitar que dispusiese de nada —en su vestuario, en sus enseres, incluso en sus objetos de tocador— con lo que pudiese atentar contra su vida o contra la de los demás.

—Hay algo, señora de Almenara, que quisiera advertirle. Apenas cruce esa puerta entrará usted en un mundo que no va a serle grato.

—Si hubiera podido escoger —dijo ella sonriendo— habría reservado plaza en el hotel Don Pepe, de Marbella, y no aquí.

Sin hacer caso de su sarcasmo, Ruipérez prosiguió:

—No toleramos que unos pacientes hieran, humillen o molesten voluntariamente a los demás. Si un enfermo, por ejemplo, sufre alucinaciones y cree ver el demonio, no toleramos que otro u otros, por mofarse de él, le asusten con muñecos o dibujos alusivos al diablo. Los castigos que imponemos a quienes hacen eso son muy duros.

—Hacen ustedes muy bien.

—Hay un recluso —insistió el médico— que tiene horror al agua. El verla le produce pánico, vómitos, e incluso se defeca encima: tal es el pavor que siente al verla. Otro recluso, apenas lo supo, le echó un balde de agua a los pies. Se le encerró en una celda de castigo, se le alimentó con salazones y se le privó de agua durante un mes, salvo la absolutamente necesaria para evitar su deshidratación. No volvió a hacerlo más.

—Me parece un método excelente, doctor Ruipérez. Los locos son como los niños. No puede convencerseles con razones porque, al carecer de razón, son incapaces de razonar.

—¿Cuento, pues, con su aprobación? —preguntó el médico sin dejar traslucir cierta ironía por la audacia de la nueva loca, que se atrevía a opinar acerca del acierto o desacierto de los métodos empleados.

—¡Cuenta usted con ella!

—Los hay llorones, gritones, mansos, coléricos, obscenos —prosiguió Ruipérez—, y todos poseen una tecla que si se la roza desencadena una crisis.

—¡Hay que evitar rozar esa tecla! —dogmatizó Alice Gould—. ¡Es así de sencillo!

—Pues bien, señora. Ya que la veo tan dispuesta, le confesaré que hay varias cosas en usted que molestarían a muchos y que considerarían incluso como una provocación: su vestido, su broche, su bolso y sus zapatos.

—¡Oh, entendido, doctor! —replicó ella, ofendida—. He traído otra ropa. Si hoy me había vestido así no era ciertamente para provocar o molestar a su interesante colección de monstruos... sino por cortesía hacia usted.

En esto sonaron unos extraños pitidos que parecían salir directamente del corazón del médico. Era la primera vez que la señora de Almenara oía algo semejante. El doc-

tor sacó de su bolsillo un aparato no mayor que una cajetilla de cigarrillos, y exclamó:

—El «chivato» me anuncia que tengo algo urgente en la Unidad de Demenciados. Montserrat Castell le aconsejará cómo debe vestirse. Espérela usted aquí mismo. Ella vendrá en seguida a buscarla y la pilotará en sus primeros pasos. Yo tengo que retirarme. Le deseo, señora, que su estancia le resulte lo menos penosa posible.

Hizo Ruipérez una breve inclinación de cabeza e inició un ademán de retirarse. Alice Gould le detuvo con voz suplicante:

—Doctor...

Éste se volvió impaciente:

—¿Desea usted algo?

—Sí. Quiero saber cuándo regresa don Samuel Alvar, director de este sanatorio.

—Dentro de cinco semanas más o menos. Ayer inició sus vacaciones.

(«¡Qué extraño! —pensó Alice Gould—. ¡Qué extraño y qué contrariedad!» Mas no expresó con palabras sus pensamientos.)

Quedose mirando largamente la puerta que acababa de cerrarse. Extrajo de su bolso unos cigarrillos y un mechero de oro blanco. Encendió uno y expelió el humo a pequeñas bocanadas. No había razón alguna para desazonarse. Muy por el contrario, tenía hartos motivos para considerarse satisfecha. No cometió ningún error ante el director suplente. Sus respuestas y su actitud fueron las convenidas y previstas de antemano. Ella estaba allí en misión profesional, con el propósito específico de investigar un crimen, y el hecho de que no creyeran que era detective favorecía sus planes, ya que si alguna vez la descubrían hurgando, preguntando o anotando, atribuirían esta actitud a sus delirios, sin pensar que real y verdaderamente estuviese haciendo averi-

guaciones para esclarecer un asesinato. Lo que más le angustiaba era el escenario siniestro en el que había de representar su farsa. Ella era incapaz de soportar la visión del dolor humano. No era valiente en presencia del sufrimiento ajeno. Con todo, a partir de ahora, tendría que moverse entre multitud de seres cuyas úlceras no estaban en la piel o en las entrañas, sino en la mente: individuos llagados en el espíritu, tarados del alma. De todas sus investigaciones ésta iba a ser la más ingrata, porque habría de hundir los brazos hasta los codos en heces vivas, en detritus de humanidad.

Dos puertas comunicaban el despacho del doctor Ruipérez con el establecimiento. La primera, situada casi a la espalda del escritorio, daba a la zona antigua (comunicada a su vez con la salida) por donde ella penetró en los dominios del médico; la segunda, frente al escritorio, daba, sin duda, a las dependencias interiores. El médico la había señalado con un ademán, al decir: «Apenas cruce esa puerta entrará usted en un mundo que no va a serle grato.»

Alice Gould la miraba con respetuoso temor.

Ya habían transcurrido varios minutos desde que el doctor Ruipérez le rogó que esperase unos instantes, pues iba a avisar a la persona que la introduciría en aquel mundo: una mujer llamada Montserrat Castell, una loquera probablemente. La mujer tardaba y la ansiedad de Alice Gould crecía. Ya no deseaba que se abriese esa puerta que daba al infierno. Si estuviese en su mano huiría antes de cruzar el umbral de aquella casa de locos. Mas ya no era posible huir. Su suerte estaba echada.

Al cabo de un tiempo oyó introducir una llave en la cerradura. Alguien hurgaba desde fuera sin acertar a abrir. Alice Gould se puso en pie sobresaltada. Cesaron los ruidos y unos pasos se alejaron por la galería.

«¿Por qué esos sustos, Alice? —se dijo a sí misma—. No tienes derecho a perder tu aplomo y tener miedo. Tú y sólo

tú eres responsable del incendio que has provocado. Estás aquí voluntariamente, no lo olvides. Nadie te ha obligado a venir. Has aceptado el compromiso de realizar la investigación de un crimen en un manicomio, y has cobrado una fuerte suma por ello. Pecha ahora con las consecuencias. Y sé valiente.»

Oyó de nuevo pasos en la galería. Por segunda vez escuchó el ruido metálico del hierro, machihembrándose en la hendidura. Cuando la hoja de la puerta comenzó a moverse, Alice ahogó un grito.